

## Voluntariado en Magallanes: un motor que no se detiene



Nelson Cárcamo Barrera  
profesor

**E**n tiempos donde muchas veces pareciera imponerse el individualismo, el egoísmo y una lógica del sálvese quien pueda, el voluntariado emerge como una de las expresiones probablemente más nobles que tenemos como humanidad. Es la decisión consciente de entregar tiempo, esfuerzo, conocimientos y energía al servicio de otros, sin esperar nada a cambio. Y en ese gesto, aparentemente simple, se esconde una fuerza transformadora capaz de cambiar vidas y construir sociedades más solidarias.

Ser voluntario es mucho más que colaborar en una actividad puntual. Es comprometerse con una causa. Es mirar al otro con empatía, es entender que el bienestar colectivo también depende de acciones individuales. El voluntariado representa, en esencia, una forma concreta de ciudadanía activa.

En nuestras comunidades existen múltiples organizaciones voluntarias que, desde distintos ámbitos, realizan una labor invaluable. Algunas enfocadas en el cuidado del medioambiente, impulsando campañas de limpieza o reciclaje; otras dedicadas a la educación, entregando apoyo escolar, reforzamiento académico o talleres de formación; muchas vinculadas a la inclusión, acompañando a personas mayores, apoyando a personas en situación de discapacidad o promoviendo espacios de integración; y tantas otras con fines solidarios, recolectando alimentos, ropa o insumos para quienes más lo necesitan.

Cada una de estas organizaciones responde a una necesidad real. Y lo hace, muchas veces, con recursos limitados, pero con una convicción inmensa. Allí radica su valor.

En este escenario, el voluntariado estudiantil y universitario merece una mención especial. Ver a jóvenes dedicar parte de su tiempo libre para enseñar, acompañar, organizar campañas o participar en proyectos sociales, es una señal alentadora. En una época donde frecuentemente se cuestiona a las nuevas generaciones, miles de estudiantes demuestran, con acciones concretas, que existe conciencia social, compromiso y vocación de servicio.

El voluntariado universitario, en particular, tiene un doble impacto. Por un lado, beneficia directamente a la comunidad; por otro, forma profesionales más humanos, empáticos y conscientes de su entorno. Un estudiante que participa en operativos de salud, en tutorías escolares o en iniciativas medioambientales no solo entrega conocimiento; también aprende.

Desde el mundo de la educación, es fundamental poder poner en valor estas acciones, reconocerlas y ayudar a fortalecerlas desde las aulas. Porque educar no solo consiste en transmitir contenidos; también implica formar ciudadanos comprometidos con el bienestar común.

En regiones extremas como Magallanes, el voluntariado adquiere una dimensión aún más profunda. Bien lo saben las comunidades más apartadas del centro donde todo cuesta un poco más y las necesidades son completamente diferentes en una u otra localidad.

Promover el voluntariado en escuelas, liceos y universidades es sembrar solidaridad para el futuro.

Reconocer a quienes entregan su tiempo de manera desinteresada no solo es oportuno y necesario; es una obligación moral. Porque ellos son un ejemplo vivo para la sociedad y un modelo a seguir y replicar en cada rincón de nuestra región.